

Fer Alcalá  
Geòrgia Costa

# Nessa princesa 3

Reina   
por un día



  
María  
Serrano

**TINTA**

Ser princesa es difícilísimo.

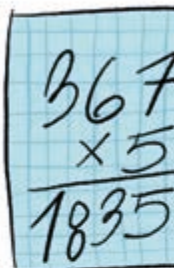
¡Te lo prometo!

¿Crees que ser princesa solo consiste en hacer reverencias y saludar en los desfiles? Quizá piensas que ser una princesa significa llevar corona y vestidos gigantes, y quedar superbién en las fotos.

Pues es mucho más.

Para ser una princesa de categoría, primero hay que asistir a la Academia Internacional para Príncipes y Princesas. Por suerte para mí, la academia se encuentra en el antiguo castillo de mi familia, en las afueras de Botonia.

En la academia nos enseñan cosas normales, como lengua y matemáticas, pero





también otras que nos van a servir para el futuro. Por ejemplo, el profesor Sacrebleu, de Protocolo, nos cuenta las costumbres de otros reinos para que encajemos siempre en cualquier situación. El profesor Funiculí nos enseña la historia de la realeza para que conozcamos a los grandes monarcas del pasado. ¡Hay que estudiar mucho!

Después, al salir de la academia, siempre hay cosas que hacer, líos que desenredar y personas a las que ayudar. Incluso en un reino tan pequeño como Botonia, donde todos vivimos en el mismo pueblo, los problemas pueden hacerse enormes en un abrir y cerrar de ojos. Hay días en que casi no me queda tiempo para dedicarme a mi pasatiempo favorito: ¡construir inventos!

Así que, sí, ser princesa no es nada fácil. Aunque ser reina... ¡Ser reina es todavía peor!

Tal vez te estés preguntando cómo lo sé...

Pensándolo bien, no sé si debería contártelo. Mis padres no saben lo que ocurrió cuando me convertí en reina de Botonia por dos días, y prefiero que siga siendo así, porque... ¡menudo desastre! ¿No quieres que te cuente una historia distinta? ¡Tengo un montón!

¿No?

¿De veras quieres saber qué sucedió cuando me convertí en reina de Botonia?

Pues, vale, te lo cuento...

# 1 GRANDES MONARCAS

Lo primero y más importante: siempre me han encantado las clases en la Academia Internacional para Príncipes y Princesas de Botonia. Me lo paso pipa en Protocolo aprendiendo las costumbres más raras de cada reino; me gustan mucho las matemáticas y las ciencias porque me ayudan a mejorar mis inventos, y la profesora Babel, la de Lengua, es divertidísima: siempre cuenta chistes.

También me encantan las clases de Historia con el profesor Funiculí. Él nos cuenta cosas divertidísimas, como lo que hacía la archiduquesa de Aguanieve, que celebraba su cumpleaños en un iglú de hielo rosa y obligaba a sus súbditos a desfilan vestidos de pingüino. O la princesa Palmira de la Selva Profunda, que coronó a un loro como consejero real porque solo sabía decir: «¡Sí, su majestad!». O incluso lo que hizo el rey Pantumaca cuando promulgó la Ley Real de la Merienda Obligatoria.

Pero aquel día...

Aquel día...



¡BUF!

Aquel día, la clase de Historia estaba siendo ABURRIDÍSIMA.

–Chicos y chicas, por favor, tenéis que estar absolutamente atentos. Sé que es difícil, pero es importante memorizar esta lista de los mejores monarcas de la historia. ¡Nunca se sabe cuándo puede ser útil!

Como lo oyes. Durante casi una hora entera, el profesor había estado recitando nombres y más nombres y más nombres. Te prometo que, al principio, todos intentamos escuchar con atención, pero ¡estaba siendo imposible!

Resultaba tan imposible que cada uno empezó a dedicarse a sus cosas. La princesa Buica estaba dormida y roncaba detrás de un libro. Lin tenía escondida una novela de aventuras bajo el pupitre y la estaba leyendo. Remilga, la princesa de lukei, se estaba pintando las uñas... El único que permanecía superatento era Armando, que se había apuntado en la libreta TODOS los nombres de la lista, porque Armando es así, supersupersuperdisciplinado.

¿Y yo?

Yo estaba diseñando un nuevo invento: ¡una máquina de clonar!

–Esta lista no se acaba nunca... –murmuré cuando estaba a punto de enseñarle mi diseño a Lin, que se sentaba a mi lado. No sé si te acuerdas: Lin es la princesa de

Kitaipón,  
el país con  
la tecnología  
más avanzada del  
mundo, por lo que siempre  
le enseño mis proyectos para  
saber si en su país venden las  
piezas para fabricarlos.

Miré el reloj. Me sentía tan  
aburrida que hasta me pareció que  
las manecillas iban hacia atrás.

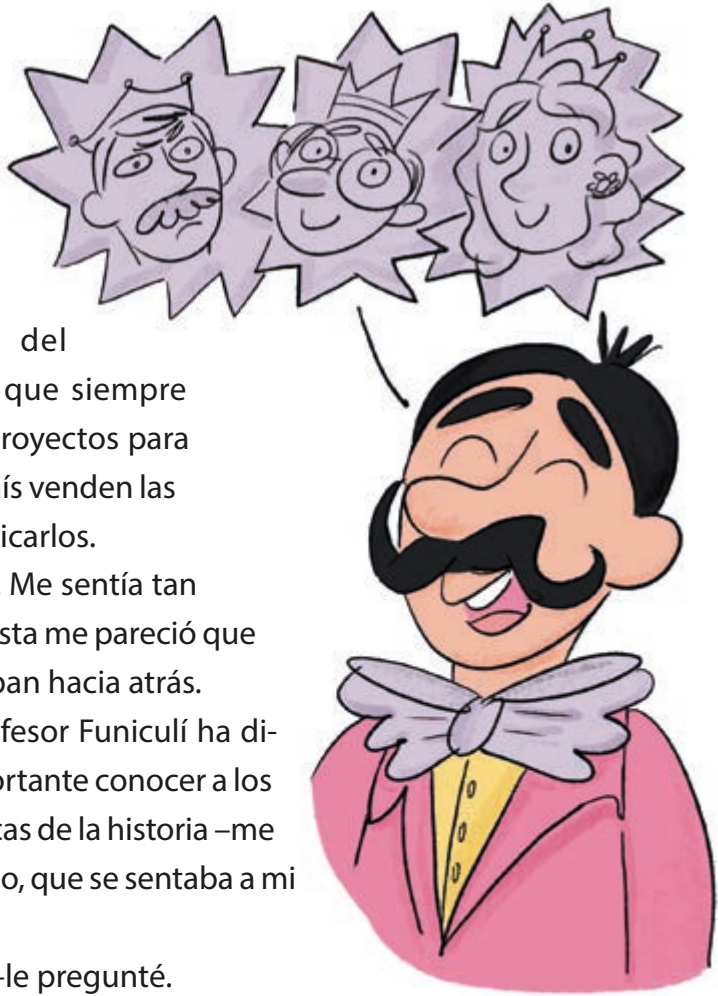
–Pero el profesor Funiculí ha di-  
cho que es importante conocer a los  
grandes monarcas de la historia –me  
susurró Armando, que se sentaba a mi  
otro lado.

–¿Por qué? –le pregunté.

–Para que, cuando sea nuestro turno, sepamos  
cómo ser buenos reyes y reinas –respondió él. Tenía  
el ceño fruncido. No escribía con bolígrafo, sino con  
una pluma larguísima de pavo real.

–No necesitamos esa lista para nada –me quejé  
otra vez–. Cuando llegue nuestro momento, seguro  
que lo hacemos genial.

Pensaba que la conversación se quedaría ahí,  
pero, mientras el profesor Funiculí seguía recitando  
nombres y más nombres, una voz superaguda nos



interrumpió: era Remilga, que se había dejado una uña a medio pintar de rosa chillón. Ella y su hermano Ascanio siempre se metían con nosotros. Eran un par de abusones.

–Permíteme que lo dude, Nessa. Ya eres... Ya sois –susurró, mirándonos a los tres– un desastre de príncipes y princesas. No quiero imaginar cómo será más adelante, cuando tengáis que reinar.

Remilga acabó su discurso chocando la mano con su hermano. Cerré los ojos y traté de tranquilizarme. ¡Siempre lo mismo! A ver, ya lo sabes, mi reino es tan pequeño que a veces no entiendo muchas de las cosas que nos cuentan en la academia. Además, yo creo que todo se puede solucionar con mis inventos, y la corona

me queda demasiado grande y se me cae, y la llevo

siempre en un bolsillo porque es incomodísima para montar en bici. A veces

también se me olvida hacer la reverencia de siete pasos

y me tropiezo cuando me toca llevar

un vestido largo.

Pero eso no me convierte en

un desastre, ¿verdad?



–¿Sabes qué, Remilga? –dije con la voz temblorosa–. Prefiero ser yo misma a ser una princesa de pega.

Después de esa conversación, me quedé muy callada y muy enfadada. Remilga estaba equivocada. Quizá en Botonia hacíamos las cosas de manera distinta, pero no por eso yo dejaba de ser una princesa como todas las demás.

Al acabar la clase, me despedí de Lin y de Armando. Como ellos, muchos príncipes y princesas se quedaban a dormir en los aposentos de la academia porque venían de reinos superlejanos. Yo, en cambio, tenía la supersuerte de volver cada día a mi casa. Solo tenía ganas de llegar y darles un abrazo monumental a mis padres. Ellos tampoco eran reyes como los demás, pero en Botonia todo el mundo los quería y los respetaba, y eso era lo más importante, ¿no?

Así pues, me monté en mi bicicleta morada y, como seguía enfadada, pedaleé a toda velocidad. Por el camino se me salieron de la mochila todos los apuntes que había escrito, los cuales se quedaron colgados de los árboles que nos fuimos encontrando como si fueran hojas.

Llegué a casa exhausta y con el pelo enmarañado. Mis padres estaban sentados a la mesa del salón. Encima había una merienda fantástica: pastas, leche con cacao y una tarta. No era el cumpleaños de nadie, así que imaginé que algo les preocupaba. Es que mi



madre siempre dice que lo mejor para pasar las preocupaciones es un trozo gigante de tarta.

¿Qué ocurriría? ¿Sería algo grave?

Me senté con ellos y, por supuesto, me serví un pedazo enorme de pastel. Era de crema de limón, hojaldre y piñones, la especialidad de Milhoja, la pastelera de Botonia. Mientras tanto, mis padres seguían hablando entre sí, como si no se hubieran dado cuenta de que yo ya había llegado. Al principio los miré con cara de inquietud, pero luego me fui relajando porque, a cada bocado que le daba a la tarta, me iba sintiendo mejor.



–Solo serán unos días... –decía mi padre, subiendo y bajando una y otra vez, con gesto solemne, la cremallera del chándal que llevaba puesto. La corona se le resbaló un poco hacia la oreja derecha, pero ni se inmutó.

–El fin de semana... –comentó pensativa mi madre mientras le colocaba a mi padre la corona.

Como no me hacían ni caso, me serví otro pedazo de tarta.

–Y tenemos que ir... –seguía mi padre.

–Sí, sí, tenemos que ir... –añadía mi madre.

Yo, mientras, seguía comiendo.